

# Los muertos y las simientes

Mircea Eliade

10

La agricultura, como técnica profana y como forma de culto, se cruza con el mundo de los muertos en dos planos distintos. El primero es la solidaridad con la tierra; los muertos, como las semillas, son enterrados, penetran en la dimensión ctoniana accesible a ellos únicamente. Por lo demás, la agricultura es por excelencia una técnica de la fertilidad de la vida que se reproduce multiplicándose; y los muertos son atraídos particularmente por ese misterio del renacimiento, de la palingenesia y de la fecundidad sin descanso. Semejantes a los granos enterrados en la matriz telúrica, los muertos esperan su regreso a la vida bajo una nueva forma. Por eso se acercan a los vivos, sobre todo en los momentos en que la tensión vital de las colectividades está en su máximo; es decir, en las fiestas llamadas de la fertilidad, cuando las fuerzas genésicas de la naturaleza y del grupo humano son evocadas, desencadenadas, exacerbadas por ritos, por la opulencia y por la orgía. Las almas de los muertos están sedientas de todo rebosamiento biológico, de todo exceso orgánico porque este desbordamiento vital compensa la pobreza de su sustancia y los proyecta en una corriente imponente de virtualidades y de gérmenes.

El festín colectivo representa precisamente esta concretización de energía vital; un festín, con todos los excesos que implica, es pues indispensable tanto para las fiestas agrícolas como para la conmemoración de los muertos. Antaño, los banquetes tenían lugar junto a las mismas tumbas, para que el difunto pudiese agasajarse con el exceso vital desencadenado junto a él. En las Indias, las habichuelas eran la ofrenda por excelencia llevada a los muertos, pero eran consideradas al mismo tiempo como

un afrodisíaco (Meyer, *Trilogie*, I, p. 123). En China, el lecho conyugal se encontraba en el lugar más sombrío de la habitación, allí donde se conservaban los granos, por encima del lugar mismo donde estaban enterrados los muertos (Granet, *La religion des chinois*, p. 27 ss.). El nexo entre los antepasados, las cosechas y la sexualidad es tan estrecho, que los cultos funerarios, agrarios y genésicos se interpenetran a veces hasta la fusión completa. Entre los pueblos nórdicos, Noel ("Jul") era la fiesta de los muertos y, al mismo tiempo, una exaltación de la fertilidad, de la vida. En la fiesta de Noel (navidad) tienen lugar banquetes copiosos y frecuentemente es entonces cuando se celebran las nupcias y cuando se cuida de las tumbas (H. Rydh, *Seasonal Fertility Rites*, p. 81 ss.).

Los muertos regresan en esos días para tomar parte de los ritos de fertilidad de los vivos. En Suecia, la mujer conserva un pedazo del pastel de bodas en el cofre de la dote para llevárselo consigo a la tumba. Del mismo modo, tanto en los países nórdicos como en China, las mujeres son sepultadas con su vestido de bodas (Rydh, *op. cit.*, p. 92). "El arco de honor" levantado sobre el camino de la joven pareja recién casada es idéntico al que se levanta en el cementerio para acoger al muerto. El árbol de navidad (originalmente, en el norte, un árbol al que no se dejaban más que las hojas de la copa, "maj") se emplea tanto en las bodas como en los entierros (ibidem., p. 82). Es inútil mencionar una vez más los matrimonios post mortem, reales o simbólicos, sobre los que regresaremos en otro sitio y cuyo sentido debe buscarse en el deseo de asegurar al difunto una condición vital óptima y una plenitud genésica.

Si los muertos buscan las modalidades espermáticas germinativas, no es menos cierto que los vivos necesitan también de ellos tara defender sus simientes y proteger las cosechas. Mientras

Los granos permanezcan sepultados, se encuentran también bajo la jurisdicción de los muertos. La “tierra-madre” o la gran diosa de la fertilidad controla del mismo modo el destino de las semillas y el de los muertos. Pero estos últimos están a veces más cerca del hombre y el labrador se dirige a ellos para que bendigan y sostengan su trabajo. (El negro es el color de la tierra y de los muertos). Hipócrates nos dice que los espíritus de los difuntos hacen crecer y germinar las semillas, y el autor de los *Geoponica* sabe que los vientos (es decir, las almas de los muertos) dan la vida a las plantas y a todas las cosas (cit. Harrison, *Prolegomena*, p. 180). En Arabia, la última gavilla llamada “el viejo”, es segada para el amo del campo, colocada en una tumba y sepultada con oraciones con las cuales se pide que “el trigo renazca de la muerte a la vida” (Liungman, I, 249). Entre los bambara, cuando se derrama agua sobre la cabeza del cadáver acostado en la fosa ya lista para ser llenada, se implora: “¡Que los vientos, ya soplen del norte o del sur, del oeste o del este, nos sean benéficos! ¡Danos lluvia! ¡Concédenos que tengamos una cosecha abundante!” (T. R. Henry, “Le culte des esprits chez les bambara”, *Anthropos*, III, 1908, pp. 702-7, 711). Durante la siembra, los finlandeses sepultan en la tierra osamentas de muerto (que toman del cementerio y que vuelven a llevar después de la cosecha), u objetos que pertenecieron a los muertos. Si les faltan los unos y los otros, los granjeros se contentan con la tierra del cementerio o de una encrucijada por donde han pasado los



Daniel Felipe Escobar Velásquez. *Écfrasis/Efecto bola de nieve*. Vinilo adhesivo. Acumulación de textos en corte plotter de exposiciones en museos y galerías. Medidas variables. 2013/2016

muertos (Rantasalo, *op. cit.*, III, p. 8 ss.). Los alemanes tienen la costumbre de esparcir sobre el campo, con las simientes, tierra traída de una tumba reciente, o paja sobre la que alguien ha muerto (ibid, p. 14). La serpiente, animal fúnerario por excelencia, protege las cosechas. En primavera, al principio de las siembras, se ofrecían sacrificios a los muertos para defender la cosecha y cuidarla (ibid., p. 114).

11

**Mircea Eliade.** Filósofo, historiador y etnólogo nacido en Bucarest (Rumanía) en 1907 y muerto en Chicago, Estados Unidos, en 1986. No se exagera cuando se le considera como el principal investigador en el tema de las religiones en el siglo xx. En ese campo de estudios produjo obras todavía vigentes, tal como ocurre a propósito de *El mito del eterno retorno* (1951), *Lo sagrado y lo profano* (1957) y el *Tratado de historia de las religiones* (1964), fuente del texto que ofrecemos, con fines divulgativos, en la traducción de Tomás Segovia (México, Ediciones Era, 1972, pp. 316-318). Eliade también fue autor de diarios de viaje, cuentos y novelas, buena parte de ellos motivados por su vasto conocimiento de la India.